

(no creía en las obras meritorias), ciertamente á los ojos de los hombres. Por otra parte, para procurar el copioso fruto de la palabra de Dios, manipulado en sus salones, de acuerdo con el cura mistress Needle anunciaba en familia el tema del futuro sermón, llamando al efecto á su presencia á Isabel ó la Jorja:—Hoy, decía, el sermón será todo para tí; procura escucharlo bien, ya que trastornas la casa entera con tus cóleras.—O mandaba decir por conducto de su agente al arrendador tal, que, no enmendándose después con la prédica de aquel día, tomaría la terminación de arrojarle, con pena, sí, pero inexorablemente.

En suma, por cien razones venía mistress Needle á ser la providencia moral y material, civil y eclesiástica de su parroquia. El reverendo cura siempre la elogiaba, indicando sólo su defectillo habitual é incorregible de no permanecer los estíos ni los inviernos en la parroquia, de dirigir los asuntos de la iglesia y de encogerse algo de hombros si se trataba de la economía doméstica del cura.—¡Ah! ¡Qué auxilio tendríamos, decía, si la señora estuviera en el país siempre! Mas no; tiene la ocurrencia de los grandes señores, que gastan dos ter-

ceras partes del año en dar vueltas por el mundo. Estando aquí, á lo menos, sus muchos campesinos y los demás que de ella dependen aran derecho. No bien se va, tomando casi todos las de Villadiego, desaparecen, no se hallan del saco ni las cuerdas, la parroquia se desconoce, queda el templo vacío, y celébranse las fiestas con locuras y peleas. . . . ¿Y yo y mi familia? ¡No hay medio de adelantar!—

Este defecto de la señora irrepreensible, perdonable para quien conocía el frío del país y su miseria, ni aún á los ojos del ministro era tan grave que hubiera osado quejarse jamás. Por el contrario, nunca volvía mistress Needle al castillo, después de larga ó breve ausencia, sin que le diera la bienvenida en público desde su cátedra del templo. Comparábala con el sol, que asoma en el horizonte para difundir la luz, llamándola mensajera de paz y estrella precursora de calma; ó bien más trabajosamente la propinaba el jaroque de un cumplido velado, tejiendo el panegírico de la fuerte Débora, de la prudente Abigail, de la hermosa Raquel, de la fecunda Lia ó de la victoriosa Judit; disponía los rasgos y las semejanzas de modo que cada uno de los oyentes debiera decir: “He aquí un con-

fite para la benemérita patrona." Ella, sin confundirse poco ni mucho, se chupaba sabrosamente la broma, pareciéndole que al fin habría razones para la pública gratitud por sus méritos multiplicados.

Precisamente en uno de los primeros domingos en que asistió á la función religiosa le cayó encima el elogio de la Mujer fuerte, dispuesto para el uso doméstico, con desenvoltura cortesana. Era un regalo que le hacía el buen cura *motu proprio*, y por ningún concepto un sermón preparado en los salones del castillo. Pintó á su bienhechora con vivos colores, tomando pie de la generosidad de su corazón y de sus cuidados maternales por la familia, extendiéndose á enumerar las copiosas limosnas que la Mujer fuerte difundía en el seno de los parroquianos. Decía: *Todos sus domésticos están vestidos de ropas dobles*: bondad de la señora que en la estación cruda redobla sus larguezas y derrama sus limosnas alrededor de su castillo, haciendo que sus familiares tengan abundantes patatas, medicinas, dinero, y todo lo necesario. Por esto también vela solícita de día y de noche. *No se apagará su candela durante la noche*. Dios, que prospera las cosas de los justos, hace que sus posesiones

resulten las mejor cultivadas, dando el seis y el siete por ciento; hace también que sus minas produzcan y sean inagotables, hasta el punto de que los caminos de hierro casi no pueden trasportar sus carbones: *Gustó y vió que su tráfico es provechoso*. No aplicó el texto: *Vana es la hermosura*; porque la grave patrona, si bien no era como muchas de hoy, no sufría como mujer chanzas en el particular. Por otra parte, ¿qué había de decir? ¿Qué era hermosa? No era mentira verdaderamente, mas tampoco pura verdad, y cualquiera sin seso hubiese podido responder por lo bajo: "Cada uno tiene su gusto." Decir que la Mujer fuerte hacía inútiles con sus virtudes las injurias de los años, hubiese sido un cumplimiento que hubiera hecho reír al auditorio, é irritado probablemente á la señora, no fea después de todo. El valiente comentador saltó el foso, ilustrando ampliamente aquel versículo: *Será ensalzada la mujer que á Dios tema*, coronando de alabanzas á su heroína bíblica, que todos veían en carne y hueso. Muchas veces vino á su boca la frase: *Alabéla su marido también*; pero pasó sobre ascuas prudentemente por ella, para no contristar el corazón de la viuda fiel, que á tales recuerdos no podía conte-

ner sus lágrimas. Dió vueltas, pues, alrededor del escollo, dirigiendo las proas de su elocuencia á la familia de mistress Needle, á sus amados hijos, que crecían en su casa como plantación de *olivos nuevos que circundan la mesa*. Aquí desplegó su talento explicando los sentidos místicos del olivo, que simboliza el espíritu piadoso é inclinado á la misericordia; auguró que la prole saldría igual á la madre, para bien de las generaciones futuras, como la madre había sido dada por Dios á la parroquia para la generación presente.

Miraban todos á la Needle, aprobando unos largamente y haciendo guiños otros bajo los bigotes, según eran agradecidos ó ingratos á la pública bienhechora. John se irritaba cada vez que salía también á relucir. En cuanto á mistress Needle, consideraba las alabanzas oro de buena ley, proponiéndose hacer siempre más y mejor en pró de aquel pueblo, que por boca de su pastor mostraba que agradecía sus favores. Le asaltaba de vez en cuando algún escrúpulo, y le parecía que alguien murmuraba á sus oídos: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha;" mas pronto apagaba la turbación respondiéndose á sí misma: "Es preciso procurar el bien delante

de Dios y de los hombres." Además, ni poco ni mucho le indico yo sus frases lisonjeras: son harina de su costal. Tendrá sus razones. . . . la edificación de los fieles. . . . estimularme para que ajuste á la verdad mi retrato que por cortesía embellece.— Así, alegre, tranquila, llena de alabanzas bíblicas, subía nuevamente al coche con los suyos, retornando al castillo.

Quien libraba peor era el pobre *clergyman*, que caía en el ridículo. Sus ovejas mostraban cada día menos avidez por la pastura que les disponía con trabajo semanalmente para el domingo. A pesar de todas las agitaciones de la potente patrona, veíase algunos domingos amenguado el concurso, y reducido alguna vez casi á la familia Needle y á la servidumbre del castillo. Los operarios, los miuadores, los horneros y los peones, poniéndose de acuerdo á fin de obrar de la misma manera, faltaban alegremente al servicio religioso, sin temer los resentimientos de la dama. Hacían valer el pretexto de que, habiéndose fatigado seis días en las *necropolis* de las minas, mal se podían sepultar el último en el templo, húmedo, reducido é incómodo, para oír los largos sermones del reverendo cura. La verdad era que para ensan-

char los pulmones libremente se metían en las tabernas con el fin de beber el *gin*, el *porter* y el *ale*.

Estaba la señora grandemente indignada por el abandono del templo, lo mismo que por el espíritu de proterva rebelión que veía surgir contra el ministro hechura snya, y por consiguiente contra ella misma. Tardó poco, empero, á encontrar la medicina propia para el mal. Constábale que había una terrible proclama de la graciosa reina Victoria, precisamente contra los abusos que se iban propagando en su país. Si aquel no era el caso de sacar la espada, nunca llegaría. Habiendo, pues, llamado al docil cura, le aconsejó (sus consejos eran ordenes) que refrescase lo memoria de la bula del jefe del *anglicanismo* publicada en la *Gaceta de Londres*, á fin de alentar (como dice su título) la piedad y la virtud, como también de reprimir y castigar el vicio, la profanación de las fiestas y la inmoralidad (1).

El valeroso ministro de la Iglesia y de la voluntad de su patrona, no se hizo tirar de las orejas. Al siguiente domingo, en vez

(1) Alguno me hizo notar que era inverosímil la invención de tal documento público. No invento. recito una historia, citando en el texto el lugar de donde copié. He aquí su fecha precisa: *Palacio de Buckingham, 9 Junio 1860.*

de sacar la Biblia de la funda, saco la proclama de la reina Victoria. Se había traslucido un poco la novedad preparada por el cura, y acudió un auidtorio extraordinariamente grande. Oyéronse, pues, intimar solemnemente: "Nos Victoria Reina, considerando religiosa y seriamente que es deber nuestro supremo vigilar á fin de preservar y aumentar el honor y el servicio de Dios, previniendo todo vicio, profanación, corrupción é inmoralidad, cosas que tanto desplacen á Dios y ofenden á nuestra religión y á nuestro gobierno, queriendo que la piedad y las buenas costumbres florezcan bajo nuestra administración y el parecer de nuestra Consejo privado, publicar la presente proclama real, con la que declaramos ser nuestra voluntad y real resolución, prevenir y castigar todo vicio, profanación é inmoralidad en cualquiera persona, de cualquiera clase y condición de nuestro reino . . ."

Al oír esta primera introducción de la bula, hiciéronse los más singulares comentarios en voz baja:—!Es la segunda edición del Decálogo!—¡Algo más se necesita que la voluntad de la graciosa Reina Victoria!—¡Un vejigatorio sobre una pierna de palo! Más estos comentarios ocultos eran cu-

biertos por el tonante que hacía de la bula, el predicador, ponderando el propósito admirable de la gobernante de la iglesia, á saber: exterminar el pecado en el imperio británico. Mistress Needle, que había casi aprendido el texto de memoria, esperaba con impaciencia los capítulos prácticos, en que la legisladora eclesiástica prohibía que sus amados hijos jugasen á los dados, ó á la baraja, pública ó privadamente, mandandoles que asistieran al servicio religioso cada domingo, é imponiendo el deber á los jueces y á los síndicos de descubrir y castigar “á todas las personas culpables de costumbres disolutas, inmorales ó desarregladas.”

Saltaba de gozo la buena *pietista*, oyendo cada una de las leyes, tan laudables por la intención de la legisladora como superfluas en realidad para los buenos, é inútiles para los malos. Sobre todo, esperaba con alegría suma el rayo final, que manda “cerrar en los días festivos las casas de juego, lugares públicos, centros de corrupción y demás sitios en que reina el desorden. é impedir los juegos de todas clases, tanto los abiertos para el pueblo, como los de las habitaciones particulares, obligándose á los vinateros, á los fondistas, á los

cerveceros y á los demás á que arrojen de su tienda á los parroquianos, é interrumpen el despacho durante el servicio religioso.” Triunfaba ella en su corazón oyendo las amenazas bravatas del ministro, el cual prometía esposas y multas á los contumaces; salió del templo pensando que, después de oír la bula real, debía el país mudar de aspecto, y que conseguirían lo que no lo-grasen las intimaciones del cura y los valedictos de los tribunales.—Veremos, repetía, si con esta antífona despiertan los negligentes, los bebedores, los holgazanes y los revoltosos del país.

Mas se consiguió un efecto enteramente contrario. Los jefes de la liga antiparroquial aprovecharon la ocasión para tomar un acuerdo grave y acometer la empresa que preparaban en sus reuniones secretas hacía mucho tiempo. Pensaban erigir altar contra altar, esto es, abrir una capilla independiente, libre de toda intervención de la Reina, del obispo, del cura (esto es lo que más les importaba) y de la prepotente señora del castillo. Como siempre que las pasiones populares soplan en un plan, todo parece difícil y de seguro éxito, se designaba el sitio donde se construiría el templo; se sugería el ministro de la Baja

Iglesia, que tomaría con gusto á su cargo la comunidad *disidente*; se indicaban someramente los artículos principales de la nueva religión y de las doctrinas que inculcarían los *secesionistas*. Tan cuidadosamente se guardó el secreto de tales manejos, que la dama no los traslució de ningún modo, oyendo antes el estallido de la mina que sus preparativos.

Mistress Needle, John y Julia juzgaron cada uno según sus propias convicciones, mas para cada uno siguieron consecuencias inesperadas.

LXI.

UNA TERRIBLE DESGRACIA,
Ò SEA LA CAPILLA INDEPENDIENTE.

Una mañana, mientras mistress Needle se iba dulcemente apacentando con risueños pronósticos, exaltándose á sí propia por la feliz ocurrencia de haber promulgado nuevamente la bula de la Reina Victoria, fué de pronto á encontrarla el reverendo Star, que la dijo:—¿Oísteis, señora las novedades que corren por el país?

—No, repuso la Needle, preocupada por

el desaliento que leía en la frente de su pobre cura.

—Me duele ser el primero en anunciaroslas. . . .

—¿Algún incendio? ¿El cólera?

—Las dos cosas y algo peor. . . . ¡Una capilla independiente, repuso el cura.

—¡Una capilla independiente! ¿Dónde? ¿Aquí?

—Propiamente aquí.

Mistress Needle, como herida de un relámpago, y no queriendo caer en el rayo, preguntó:—¿Es cierto? ¿Cómo lo sabeis. . . ? Sentaos; contadme cuanto hayais oido decir: espero que será un embuste! ¡Una capilla independiente aquí! ¡En un lugar!

El ministro sacó de la cartera un papel que contenía el manifiesto sobre la nueva iglesia. Lo habían hecho circular no poco aquel día, y andaba en manos de muchos, si no con aprobación de todos, con indiferencia de los más. Aun los que no veían con buenos ojos surgir una rebelión contra la iglesia anglicana, no vacilaban un momento en culpar al ministro y á su potente protectora. Exclamaban:—Les está bien.—Ella y él merecían este agujero en su tejado.— Les viene como al asno su albarda.—A lo menos los de la nueva religión no